

La experiencia de Francesca

Testimonio de una difícil opción

Era Septiembre de 2010. Habíamos apenas regresado de vacaciones, cuando descubro inesperadamente de estar embarazada del cuarto hijo. Con el pasar de los días, los temores iniciales fueron sustituidos por la alegría y el entusiasmo, sobre todo en los otros tres hermanitos. Nuestras únicas preocupaciones se hicieron solo prácticas: cómo sistemar las habitaciones para dormir y cómo buscar un coche apropiado a esta “familia numerosa”.

Pasaron dos meses, había hecho algunos controles ginecológicos y, aparte algo de náusea, el embarazo estaba andando muy bien. Llegó el día de la tercera visita ginecológica: esta vez, sin embargo, estaba prevista también la primera ecografía. Como había sucedido con los otros tres hijos, vino también mi marido, curioso por conocer la nueva creatura.

Aunque para nosotros dos era la cuarta vez, es siempre una sensación indescriptible. Mi marido Donato y yo nos mirábamos con los ojos cargados de emoción. El crecimiento era regular y la ginecóloga nos dio la noticia de que, con mucha probabilidad, era una niña, la tercera para nosotros. ¡Estábamos muy felices!

Todo parecía maravilloso, pero, después de algunos minutos, cambió la historia de mi vida. Al terminar la visita, la ginecóloga, como de costumbre, me controló también el seno. Se dio cuenta que yo tenía un pequeño nódulo en el seno izquierdo. Probablemente una simple reacción al embarazo, decía ella. Pero, no totalmente convencida, decidió mandarme con un senólogo, el cual, pocos días después me dio la triste diagnosis. El nódulo al seno no era una reacción al embarazo, sino un linfonódulo dual infiltrante...; en palabras más sencillas, un tumor maligno, en el estado más grave.

Recuerdo muy bien que, cuando me fue dada la noticia, me quedé sin reaccionar por varios minutos. El doctor me hablaba con términos médicos que para mí no significaban nada. Yo pensaba solo a mi niñita, qué habría sido de ella y de mis otros tres niños en mi hogar. En un solo segundo había cambiado mi vida y, ¡ay de mí!, la de mis familiares también.

De frente a esta situación me encontré con doctores que, poniendo en primer lugar mi salud, me sugerían iniciar el camino más simple: el aborto. Pero Nuestro Señor habló por mí a esos doctores y yo y mi niña nos encontramos unidas en la sala de operación a defender nuestras vidas. La intervención quirúrgica salió muy bien para la mamá, pero sobre todo la niña estaba viva!!!

Después de un mes, luego de haber apenas terminado las vacaciones de Navidad, transcurridas serenamente, creí haber ganado la batalla contra la enfermedad y de tener que pensar solo a mi vientre, que entraba en el quinto mes de embarazo.

Era exactamente el 7 de enero 2011. Una llamada telefónica hizo bajar el silencio entre mi marido y yo. La Oncología médica de la ciudad de Prato me pidió que me presentara dos días después, para comunicaciones urgentes sobre el resultado del exámen histológico. Junto a mis hijos confiamos nuestras preocupaciones a María Santísima y rezamos el Santo Rosario.

Llegó el día de la cita. La diagnosis fue devastante... El mal que me había llegado, si bien hubiese sido exportado, tenía una altísima porcentual de recisividad, y era acelerado por las hormonas de la gravidez. En pocos días habría tenido que iniciar unos ciclos de tratamiento terapéutico químico contra el cáncer... ¿Y la niña ??? !!!

A esta pregunta la Oncóloga fue un poco vaga; mejor dicho, no había habido en el territorio de "Prato" casos analogos. En pocas palabras, no se conocían los efectos colaterales para la niña, pero conocían los riesgos gravísimos para la madre en caso de no seguir el tratamiento terapéutico químico.

Me tomé un día para reflexionar antes de dar una respuesta inmediata. En realidad, Jesús había ya decidido dentro de mí, pero mi pensamiento se dirigía sobre todo a esos tres angelitos en casa, tenían derecho a la mamá...; pero también a tener una nueva hermanita.

Así es que regresé a la Oncóloga para comunicarle la decisión de no someterme al tratamiento antes de que naciera la niña. Creo que nunca había sido tratada tan mal como en aquel día. Me definieron una egoísta y me presagiaron lo peor. La Oncóloga hacía simplemente su trabajo y temía por mi salud, pero mi corazón de mamá decía ino!

Con los ojos perdidos en el vacío, corrí a buscar un refugio en la capilla del hospital de Prato, ahí me sumergí en los ojos luminosos de María Santísima, fue Ella mi consuelo.

Con esta confianza inicié un camino de contactos y llamadas telefónicas con médicos de toda Italia. Uno de ellos me dijo unas palabras que recordaré siempre: “Usted debe encontrar un médico que la quiera mucho, y que abrace su causa”. Después de una semana, el 19 de enero 2011, Nuestro Señor ha puesto en mi camino la persona que será protagonista en el nacimiento de mi niña: el Doctor Giuseppe Noia, ginecólogo del Policlínico Gemelli de Roma. Una persona que vive su trabajo realmente como una “misión”, una misión alimentada por la oración y por la completa confianza en Dios, a 360°. Un médico que trata a los enfermos como personas a las cuales poder ayudar y confortar, donándoles una sonrisa paterna.

El me explicó la importancia de someterme a un tratamiento terapéutico químico ligero, durante el embarazo, sin provocar daños relativos a la niña; anticipar un poco la fecha del parto, y así someterme posteriormente a un tratamiento más fuerte. He hecho junto a mis familiares cuatro viajes a Roma, al Policlínico Gemelli. Por medio de las manos del Doctor Noia, pero sobre todo por la voluntad de Nuestro Señor, ha venido al mundo María, una niña maravillosamente sana y amada por todos nosotros !!!

El Señor se ha servido del Doctor Giuseppe Noia como instrumento para cumplir Su designio. Han transcurrido más de 10 meses desde el nacimiento de María. Mientras tanto, yo he continuado con el tratamiento y estoy todavía en cura médica en la Oncología médica de Prato, con resultados momentáneamente positivos.

Nuestra niña, nacida de apenas 2,2 kilos de peso, hoy pesa hoy ocho.

Espero que mi experiencia permita reflexionar a algunas mamás, si por casualidad se encontraran en situaciones análogas a la mía. No deben rendirse al primer obstáculo, abran su corazón a Dios y El les hablará y las conducirá hacia las manos de médicos rectos y honrados, como me ha sucedido a mí.